



Idílico

por Piero Ramos Rasmussen

1

La presentación se desarrolla en el exclusivo café Idílico, donde Arthur Poeta, joven proletario diamante, ha de realizar su primera performance plástica como referencia al poemario que publicó recientemente. A su costado, Lucana, su desinhibida amante, luce aquellas piernas seductoras que alguna vez hundieron un trasatlántico y muchísimos caballos de totora. “¿Vendrá Libertadora?” —susurra Arthur a la etérea Lucana—. Ella, disgustada por la inoportuna e inusitada pregunta, antes de desvanecerse, replica que esas respuestas solo las puede saber Cristo (artista conceptual creador de “Le beau artistique idyllique” y amigo íntimo de la ilustrísima pareja).

En los palcos de la casa más triste de la Rue Morgue, Paul Verlaine acaricia sueños encaramados en las escaleras de su niño predilecto, el umbral prohibido de los besos y los cigarrillos más fuertes de toda Euroamérica y Eurasia. Beatriz Viterbo no aparece en escena, aunque el niño poeta la espera con un café en la mano (probablemente siga debatiendo con Virginia Clemm sobre la dialéctica del hambre y otros con-

ceptos que Marx olvidó pensar, y de los que Friedrich Wilhelm Nietzsche, bebiendo el auténtico amargo amaretto alemán en el antiguo café de la sabiduría y del ego, dijo: “Hegel no tiene ni idea”). En el asalto de amor, Rimbaud da un vuelco arrinconado a las paredes y grita impávido de placer. Pronto, cambia de posición con su violentísimo amante.

CRISTO —el que poco conoce de ciencias y mucho de esencias— da tumbos pidiendo calma a los inquietos asistentes del café. Aire entra palpando el ambiente, Sombra procede a aplacar a Orgullo, y se apagan las risas y bufonadas. Sucede entonces el momento de la esperada performance: las hordas de tabaco asesino pronto reciben un merecido descanso y solo los esqueletos calan las últimas pitadas. La sala queda suspendida en espirales fluorescentes donde los personajes buscan entender el silencio. El corazón de Cristo palpita a la velocidad de un proyectil contra el mar. Suenan las 12:00 AM. y la luz arrebolada que ilumina el café es difuminada. Oscuridad, Frío y Tristeza ingresan consecutivamente a plena vista del público. Como era de esperarse, Nadie —típico anarquista de

antaño— les muestra un gesto con las manos cautelosamente. Soledad no se contiene en medio de tanta mudez y suelta una carcajada, sorbe su café tan rápido que lo acaba, y enciende un cigarrillo. Hambre aspira nieve en el baño y su conocimiento queda congelado, quedándose vacío en medio del salón. El artista Arthur Poeta se mueve tras Oscuridad, desnudo ante los visitantes y con su cintura plagada de estrías, estremece los intestinos de Gracia, una joven a la que Nadie invitó. Lucana susurra a los oídos de Cristo: “¿Vendrá Libertadora?” y él, mordiendo sus labios, observa al novio de Lucana en medio del espectáculo, intuyendo el éxtasis del joven poeta. Allí está Arthur, exhibiendo sus trastornos; aprisionando el recuerdo de una difunta Libertadora, también llamada Beatriz; y despreciando a su amante Lucana; dejándose mimar por manos fantasmales y besos con sabor a capuchino. Pronto, la amante se abdicó del poeta. Él no quiso terminarla, pero Lucana ya no está. El joven proletario diamante, Arthur Poeta, se queda solo como sus versos: reflejos de un mismo olvido.

En un hotel de lámparas de fuego, una estrofa advierte el, no tan

Piero Ramos es Bachiller en Humanidades con mención en Lingüística y Literatura por la PUCP. Escribió *Transgresión* (Ediciones el viaje, 2014), *Edén* (Cartopirata, 2015), *El linaje de las sombras* (Editorial Dorada Apokalipsis, 2017) y *Apuntes del estudiante* (Café de Lobos Editores, 2022). Diploma de honor por la Municipalidad de Lima (2015), obtuvo una mención honorífica en el Concurso Internacional de Poesía Oscar Wilde (2021). Es editor de la web “WCafé de Lobos” y compositor del grupo “Lo Ultraterrestre”.

amable, destino de una pareja surrealista. Después del placer del prodigioso Rimbaud, Paul escribe un poema:

“Cipreses negros auguran
Tiempos fulminados
De la peste enamorada”.

Rimbaud lo contempla escribir desde su cama, pero no dice nada. Tan solo espera que el Satanás que lo ama termine pronto su escritura para volver a luchar juntos entre almohadas de plumas, sueños de novelas y tazas de marfil. Se plasman miles de kilómetros dentro de su cabeza, anonadado del silencio de Paul; asimismo, también, piensa en Beatriz Viterbo, quien no ha aparecido, y emergen unas lágrimas lábiles que maquillan su rostro de niño huérfano refugiado. “Paul no sabe absolutamente nada”, se repite en silencio una y otra vez, sintiendo cómo se eleva su ser, pero es más lo que sueña que lo que vaticina. Rimbaud es joven y se equivoca. Paul sabe –mucho más y mejor– las artes estratégicas de la traición. Presiente su engaño, mientras gruñe sorbiendo un poco de café negro francés. Son tres versos los que escribe como disparos:

“Muero despacio.
Ángel negro, derrotado
Busco salvación”.

Rimbaud recoge una taza del velador. Lo sorbe con fruición, y maquina una sonrisa en lo que imagina a Beatriz: “¿Dónde estará, mi Beatrice?”, le dice al espejo, pero Beatriz Viterbo no aparece ni aparecerá, sino hasta que Santa Matilde –de los infiernos de Dante– ofrezca la reunión con ella, donna angelicata, en el Empíreo. Oportunamente, para Cesare Pavese y los demás poetas suicidas, conocer a aquella Santa depende de la iniciativa de darse muerte por mano propia y buscar a Virgilio.

Cristo es absorbido por los silenciosos colores del lujoso café Idílico. A los breves segundos, de él solo queda el recuerdo de un llamado por la paz. Su liberación del mundo es absoluta y radical, consumido por su propio mundo interior. Arthur Poeta, luciendo las grotescas estrías, enseña la portada del poemario.

La palabra ALMA se visualiza para los asistentes sentados en medio de la luz difuminada. El libro se abre y se escuchan gritos y risas, y se ven destellos en la sala. Entra la preciosa Libertadora, invencible como en los tercetos de Dante. Suave como una brisa, se acerca a Arthur Poeta y lo besa. Quiere su cuerpo, no le importa lo grosero de aquella piel. A ella le importa el espíritu. De pronto, alguien grita: “¡Cuidado!”. Se escucha un trueno y, finalmente, penetra un miedo sepulcral. Arthur arroja aceite hirviendo sobre las tablas de un ánfora que traía Libertadora. En el lugar exacto de la carátula de su poemario, donde se encuentra la palabra ALMA, las hojas se contaminan de sangre, de polvo y de las últimas expresiones del poeta. Muerte aplaude y las palmas se acrecientan. Un ser disfrazado con una máscara roja ingresa por la puerta del café ante la mirada asustada de Libertadora. Inmediatamente, un rayo de luz violácea atraviesa la oscuridad y un cuerpo cae despedazado. Gracia mira boca arriba un cielo negro, donde han entrado murciélagos. Soledad da un alarido contra natura, apretada delante de todos por Muerte y el público hace caso omiso a sus llamados de auxilio. Se ven los puños en alto: gemidos, bramidos, insultos, cantos, fuego y el cuerpo inerte de Arthur Poeta, de quien surge un espíritu que sube hasta el techo del idílico café. Él fue el atravesado, momentos antes, durante el caos. Las luces tenues retornan e

inundan el escenario donde la portada del libro empieza a disolverse. Frío, Oscuridad y Tristeza huyen del recinto ante el milagro. Libertadora llora desconsolada y acucillada, pero alguien la sostiene. Lejos del dolor, Cristo será su único amor y la protegerá a raíz de lo sucedido, lejos de las tristes performances, en la intimidad de un pequeño mundo que él ha diseñado para el deleite de las personas sinceras.

Rimbaud se halla totalmente inspirado y ya no quiere hacer el amor, solo quiere escribir toda la noche. Paul Verlaine lo desea, pero ha tomado una decisión definitiva e infernal. “Seguiré mi camino”, dice Rimbaud y se pone a crear unos versos. Sin embargo, el prodigioso poeta no sabe del demonio que habita en el interior de Paul (el mismo que le susurra que su amado escapará con Beatriz). Nace el rencor, corre los celos, hiede el miedo, y sus ojos enloquecen. Paul quiere versar el epitafio de Rimbaud en su poema, pero la pluma se rompe entre sus dedos:

¡Yo no sé! –grita como un rey destronado. Arroja su taza contra la pared, desenfunda la pistola y apunta al pecho Rimbaud.

¡Dejadme en paz!– suplica el niño poeta en el mismo instante en que Paul dispara. Sus ojos se clavan en el suelo, donde se esparce un charco rojizo que descenderá y recorrerá los ríos de la literatura, lo que concluye su relación.

Una tarde de invierno, en un mundo inmemorial, Arthur Poeta acudió al llamado de Rimbaud y, con los cuerpos inmaculados, fueron en busca de la creación de Cristo, la belleza artística verdadera: Beatriz Viterbo o “Libertadora”.

ES MAFIA KEIKORRUPTA

REUNISTA
ASAMBLEA
POPULAR
CONSTITUYENTE

Año de la Recon